

Del ruinoso olvido al fantástico rescate de un escritor iqueño: el caso de Luis Moreno Thellesen

Carmen Alvarez Cucho

Universidad Nacional Federico Villarreal (UNFV)

carmenauroraalvarezcucho8@gmail.com

En la literatura peruana hay escritores y obras que faltan ser redescubiertas, aunque la mayoría fueron ignoradas/invisibilizadas durante mucho tiempo por un canon que legitima géneros realistas; es decir, una literatura más verosímil y no evasiva como se le conoce al género fantástico, de ciencia ficción y terror determinadas en lo especulativo.

En el periodo posmodernista, surgen muchas voces de autores que provienen no solo de Lima, sino de otras partes del país, las cuales han sido olvidadas por muchos factores: el centralismo, el tipo de género, el soporte o la falta de interés del circuito literario. Entre estos casos, Luis Moreno Thellesen (1888-1919), escritor iqueño, amigo y colega de Abraham Valdelomar (1895-1928), aparece como una voz importante para entender la tradición que se está gestando junto con la figura emblemática de Clemente Palma, quien casualmente escribió el prólogo para *El jardín de lámparas*, su libro de relatos publicado póstumamente, en 1924, y del cual no se supo mayor información hasta la reedición de 2017, a cargo de la editorial Altazor.

Consideramos a Moreno Thellesen como una figura clave de lo especulativo en el panorama literario peruano para entender esta tradición, así como revalorar su obra y biografía. Sobre esta última, no se cuenta con mayores datos, tan solo el libro de César Ángeles Caballero.

Una efímera huella literaria

Nació el 15 de julio de 1895 en el distrito de El Carmen, en Ica. Fue hijo de Manuel Briceño Moreno y Berarmina Thellesen Romero. Realizó sus estudios primarios y secundarios en su ciudad natal. En cuanto a su educación superior, se decidió estudiar Medicina y Derecho en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).

Pese a sus estudios en carreras de ciencias y letras, le interesó la Literatura, especialmente convertirse en escritor. De esta manera, escribió narrativa, crónica, poesía,

teatro y crítica literaria. Además, se desempeñó como periodista. En este sentido, colabora en las revistas y periódicos como *La Voz de Ica*, *El Tiempo*, entre otros (Ángeles, 1989).

En 1922, viajará a Lima para trabajar en el diario *La Crónica* y la revista *Variedades*. Ese mismo año ganará el primer lugar en el concurso organizado por la Sociedad Entre Nous, con el relato «El inocente» (Ángeles, 1989).

Tras varios años de haber trabajado en la revista *Variedades*, bajo la dirección de Clemente Palma, publicando más de cien narraciones y crónicas, retorna a Ica en 1928 debido a su delicado estado de salud por una enfermedad.

Lamentablemente, el 7 de mayo de 1929 falleció en su ciudad natal. Tan solo tenía 34 años. Según José Vélez, uno de sus amigos íntimos, al verlo en un estado de salud muy delicado, sostuvo: «Es la lámpara que se apaga» (Ángeles, 1989).

Su prolífica y apreciable obra

Empezó publicando poemas, específicamente el poema «A ella» en la revista *Juventud Iqueña*, bajo el seudónimo de Suil Tob. En 1919, se convierte en redactor del diario *La Voz de Ica*, para el cual escribiría relatos, poemas, reseñas, críticas, esbozos de piezas teatrales, entre otras.

En cuanto a la poesía, publicará en 1920 el poema «Los violoncelos» en la *Revista Iqueña*. En *La Voz de Ica* serían «Animala, vagula, blandula...», «Retírate», «Gotas amargas» o «Lieder», con el seudónimo de Juan Pálido. Asimismo, en la revista *Variedades* mostraría poemas como «Medio día íntimo», «A Victoria», «Voluisse», «Aria madrigalesca» y «Canciones en la noche». Desde esta incipiente producción hay interés por abordar temas como la enfermedad.

En el teatro, entre 1921 y 1922, publicó dos comedias: «El virrey galante» y «La desmaridada»; mientras que, en 1920, «La anciana».

Respecto a la crítica, hizo trabajos profusos de estudios críticos, como en *La Voz de Ica*. Por ejemplo, en proemio planteó estudios sobre arte y poesía, especialmente en la poesía iqueña popular.

Sobre sus crónicas, estas fueron publicadas en *Variedades*, donde se pueden dividir en regionales, propias de la localidad como historias, mitos y costumbres; y diversos, relacionados con misterios, curiosidades y lo anecdótico. Por ejemplo, en las

regionales se encuentran «San Jerónimo de Ica», «Bolívar en Ica», «Jueves de compadres», entre otros. En tanto, en las diversas destacan «La leyenda del ataúd y del collar de los ojos humanos de Sarah Bernhardt».

Por último, acerca de su obra narrativa, publicó una novela corta llamada *La colegiala*. Sobre sus relatos, que fueron alrededor de cincuenta, se encuentran en revistas como *Variedades*, y algunos en diarios como *La Voz de Ica* y *La Crónica*. De acuerdo con César Ángeles (1989), se clasifican desde géneros como fantástico, realista, humorístico, psicológico, filosófico o regionalista. En torno a este último, enfatiza que su producción es menor, pero contiene elementos como relacionados con el paisaje iqueño.

El jardín de las lámparas

Moreno Thellessen, en 1924, reunió sus cuentos publicados en revistas y periódicos, el cual contó con el brillante prólogo de Clemente Palma. Lamentablemente, esta primera edición se perdió. No obstante, en 2017, tras 90 años, se reeditó con la editorial Altazor y la investigación de Elton Honores.

Palma indicaría, en su prólogo, acerca del notable talento del escritor y sus cuentos que abordan diversas temáticas:

En este libro encontrará el lector diversos cuentos que satisfacen tanto el principio que yo juzgo trascendente del cuento como el concepto retórico; uno y otros reveladores de una mentalidad fuerte y de una imaginación libre [...] y otros más justifican la estimación alta que le tengo a Moreno Thellessen, y con la que presento *oficialmente* —ya que me ha hecho honor de actuar de prologuista de este libro— como uno de los espíritus más selectos de las generaciones últimas de escritores (1924, p. 24).

A grandes rasgos, los relatos presentan una temática en común: la contraposición de la razón, producto del positivismo, y lo fantástico. Bajo este contexto, dado que el libro fue escrito en un periodo posmodernista, no es casualidad que el escritor se haya interesado por mostrar esta dicotomía existencial y filosófica, por supuesto, adaptada a un contexto más local en algunos cuentos.

En cuanto al manejo del lenguaje, destaca por el uso de adjetivos para describir espacios fantásticos, bíblicos, históricos o regionales, con un vocabulario culto y uso de neologismos. En algunos, se describe el mundo interior de los personajes, su psicología, fobias y obsesiones. La mayoría está narrada en primera persona como si fuera un

testimonio, con el fin de brindarle mayor verosimilitud a lo que se «presencia», y la tercera persona para contar los sucesos, sobre todo fantásticos, de una manera más *objetiva*.

Ahora bien, los relatos pueden ser estudiados desde lo policial («El inocente», «Un crimen extraño»), la ciencia ficción («La parábola del bien y del mal», «Endimion»), lo histórico («Leyenda del caballero Cifar», «El tonel»), lo bíblico («Salomé», «Jesús» y «El jardín de las lámparas») y lo fantástico («Leyenda de medianoche», «Realidad y sueño», relacionado con el espiritismo, «Así murió Magdalena», «La sombra», «El vampiro» y «Alfa y Omega»).

En una lectura más profunda, la muerte es el tema más importante del libro (Honores, 2017), de tal modo que la mayoría de los relatos terminan con un fatal desenlace o para sus personajes se convierte en una obsesión. Frente a ella, hacen lo posible por vencerla o evadirla. Entonces, el discurso científico, al no obtener una respuesta certera frente a esta condición, suscita otro discurso más potente: el discurso de la imaginación y los mundos posibles/imposibles.

En torno a la enfermedad, tópico que nos interesa estudiar en esta reseña, hemos reconocido tres cuentos que se relacionan con ella desde lo fantástico, y transitan entre la obsesión, el deseo, la locura y la muerte.

En «Márgara», el narrador es el personaje principal, el cual confiesa su «obsesión» por una mujer que no es real, sino producto de su imaginación enfermiza. Este ideal, en sus propias palabras, lo conduce a la locura. En este sentido, es interesante cómo se apela al discurso médico para buscar solución a un «mal de amor», donde la razón no es capaz de explicar esta pulsión:

Una noche se me puso que yo debía salir, recorrer la ciudad y dar con el paraje recóndito donde alguna señal misteriosa me pusiese en camino de hallar a la esperada ¡Cuánto me avergonzaría el confesar lo mucho que anduve y los sitios que visité! Lo cierto es que parecía un demente cuando me sorprendió la mañana en el suburbio. Comprendí entonces que estaba enfermo de un mal desconocido y me introduje casi furtivamente en el consultorio médico (Moreno Thellesen, 2017, p. 76).

El narrador se percibe a sí mismo como un enfermo obsesionado con el ideal de una mujer que solo tiene sentido para él. Ante esta situación descontrolada, decide acudir

a un médico para obtener alguna solución. La ciencia, una vez más, como discurso racionalizador, intenta explicar este comportamiento *anormal*:

—¿Y con eso que usted dice se me quitará todo, es decir, tomando esta pócima no volveré a ver jamás a esta mujer ideal? —le pregunté.

—Seguramente.

—Entonces, doctor, permíname que le diga que no tomo sus remedios.

—¿Por qué? —me dijo el médico asombrándose

—Porque ni con un poco de bromuro basta para matar a un ideal, me abstengo, doctor: soy de los locos que prefieren la inquietud perenne del que persigue algo, a la paz solemne de aquellos que no llevan nada en el cerebro y que no puedan pedirle nada a la vida porque no saben qué pedirle (Moreno Thellesen, 2017, p. 77).

En este diálogo, el narrador le pide una solución al médico, quien le receta una *pócima*. Cabe aclarar que la patología que sufre es mental y no física; por ende, es más compleja. En respuesta, el personaje cuestiona explícitamente el discurso médico cuando rechaza tomar la medicación. No quiere estar «calmado», sino inquieto. Al final del relato, frente a la interpelación del personaje y reconociéndose como un loco en medio de una sociedad, el médico —que personifica a la razón y el discurso médico— cambia de opinión.

En torno a la locura por un personaje femenino, también está el cuento «Sombras». Se cuenta la historia de Hilarión, un anciano maestro que estuvo recluido durante varios años en un manicomio del Centro de Lima debido a un acontecimiento que lo marcó para siempre. El narrador describe, de la manera más objetiva posible, otra vez usando el discurso médico, los síntomas y la posible explicación del comportamiento inusual del maestro:

Durante los momentos del acceso, el anciano maestro quedábase [sic] inmóvil y sin conexión aparente con el mundo exterior: síntomas estos que determinaron confusiones entre los médicos que no sabían si atribuir los desórdenes a la catalepsia, el mal divino o a la histeria (Moreno Thellesen, 2017, p. 117).

Para el anciano, su estado se atribuía a un estado de posesión de un *espíritu* que lo asediaba desde hace años, el cual se vinculaba personalmente con él. Sostiene que llegó a Lima desde Arequipa para enrolarse como conscripto en su juventud. Debido a la mejora

económica, se quedó en la capital. En ese tiempo, estaba comprometido con Leonor, su prometida, quién vivía en su ciudad natal y le escribía cartas pese a la distancia. No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Hilarión dejó de comunicarse con ella por el estilo de vida había adaptado. El conflicto surge cuando, al regresar a su habitación, luego de una salida al teatro, le ocurre un extraño suceso, anticipado por la atmósfera tétrica que se manifiesta en los exteriores de la casa y el reflejo de la ventana:

[...] De repente, sentí un escalofrío y que mis cabellos se erizaban. Alcé la mirada y mis miradas descubrieron algo rápidamente, como al fulgor de un relámpago, una cosa como un rostro humano. No sé si ha sido ilusión de mis sentidos, pero vi también una mirada que se fijaba en la mía con toda la ternura, con toda la intensidad que alguien uso conmigo alguna vez. ¿Quién me había mirado así? ¿De quién era aquel semblante que había buscado una noche de luna para asomar a mi ventana? (Moreno Thellesen, 2017, p. 121).

En esta cita, el narrador describe el motivo de este miedo inusitado: se trataba de *ver* el reflejo de un fantasma que lo estaba mirando desde su ventana. Lo que más le llamó la atención fue que era una mirada de ternura dirigida hacia él. Más adelante, se revela que este fantasma/aparición era Leonor. Ella había muerto ese mismo día. Entonces, su presencia fue una visita *desde el más allá* al plano donde se encuentra su amado, a quien le hizo una promesa: estar juntos hasta la muerte. Este enfoque descrito desde la locura, el padecimiento mental que afecta al anciano, termina con una interpretación inexplicable sobre lo ocurrido.

Por último, el cuento fantástico «El vampiro» se relaciona con la enfermedad que se le atribuye a este ser y los personajes femeninos que lo rodean. Como el título lo indica, se cuenta la historia de Herón, un supuesto vampiro que se alimenta de sus parejas para sobrevivir. El *vampiro* se entiende como una criatura mitológica que succiona la sangre de sus víctimas para sobrevivir y alcanzar la inmortalidad. Lo interesante es que, una vez más, se filtra el discurso médico en la voz del narrador, tal como sucede en los anteriores relatos. En este caso, se sugestiona e interpreta, pero no hay pruebas que demuestren que el personaje masculino lo sea.

El relato es contado desde la perspectiva del médico y amigo de Herón. El narrador lo recuerda como un muchacho de clase alta, educado, apacible, atractivo para las mujeres y con una gran fuerza. No obstante, esta percepción cambiará cuando este se aparece repentinamente, tras varios años, en el hospital donde trabaja para pedirle un favor:

—Yo estoy muy interesado —me dijo—, en que esta muchacha sane porque pesa sobre mí una rara leyenda que me tiene espantado; si tú lograses demostrar que todo esto es un error, no sé la manera cómo podría recompensarte tan grande servicio.

En esto habíamos llegado a la casa de la muchacha, situada en uno de los barrios más populares de la ciudad. Allí, en efecto, nos esperaba la pobre mujer con los ojos hundidos y el rostro demacrado que daba lástima (Moreno Thellesen, 2017, p. 102).

En esta cita, le pide a su amigo que lo acompañe a visitar a la muchacha, quien se encuentra enferma: había perdido peso y estaba pálida. Si bien no llega a un diagnóstico certero sobre la condición de la mujer, le propone a Herón que se aleje de ella. En efecto, pese a las opiniones contrarias de su amigo, mejoró. Entonces, esta «enfermedad» es causada por él; es la conclusión a la que llega el doctor tras conocer otros casos de mujeres que se suicidaron o se enfermaron.

Lo interesante de este personaje es el poder, la intriga y la seducción que ejerce sobre ellas: una obsesión que las conduciría hasta la muerte. Esta información la menciona el narrador, quien en un principio vacila sobre la *condición* extraña de su amigo hasta que lo visita en la casa que comparte con Ida Valencia, la adolescente que se escapó del convento para irse con él. Al verla, nota los mismos síntomas que ya había identificado en otras mujeres: su palidez y fragilidad; es decir, estaba enferma. Este hecho lo conduce a confesar lo siguiente: «—Porcelanas y mujeres, dos cosas frágiles, ¿quieres decirme que no las conozco? Pues bien, confieso que mis ojos no secan a las mujeres como los tuyos...no soy un vampiro como tú, lo confieso no soy un sádico...» (Moreno Thellesen, 2017, p. 109). Al final de la historia, el narrador se pregunta si todo fue producto de su imaginación, sugestión o realidad, ya que su amigo nunca le confesó explícitamente que es un vampiro, pero que sí padece una *condición extraña*.

De este modo, en los tres cuentos la enfermedad, principalmente mental (como la locura), cuestiona e interpela el discurso médico de su tiempo en las voces de sus narradores, quienes en los dos relatos son médicos y se encuentran en un estado ambiguo ante lo *presenciado*. Sus conocimientos son insuficientes para tratar de explicar las afecciones de sus pacientes, cuestionándose y reconociendo los límites de este discurso para suscitar el discurso de la creación; es decir, lo fantástico. En este sentido, podemos comprender estos cuentos desde el relato patográfico.

Reflexiones finales

No cabe duda que la narrativa de Luis Moreno Thellessen merece mayor estudio y análisis por los diversos géneros que maneja y la crítica que establece por medio de ellos, como el discurso médico, la enfermedad, entre otros. Por ello, invitamos a la lectura de su obra, en general, para seguir difundiendo a este autor desde su complejidad, fascinación y la creación fantástica.

Bibliografía

Ángeles, César (1989). *Luis E. Moreno Thellessen. Vida y obra antología*. Ica: San Marcos.

Honores, Elton (2017). [*El jardín de las lámparas* de Luis Enrique Moreno Thellessen: un libro extraviado y su reaparición tras casi una centuria]. En Luis Moreno Thellessen, *El jardín de las lámparas*. Lima: Altazor.

Moreno Thellessen, Luis Enrique (2017). *El jardín de las lámparas*. Lima: Altazor.

Palma, Clemente (1924). [Prólogo]. En Luis Moreno Thellessen, *El jardín de las lámparas*. Lima: Altazor.